

cios los grangean aduladores, sus beneficios ingratos, y aún sus mismas virtudes censores injustos: la Duquesa de Orleans observó siempre con sus amigos aquella fidelidad y aquella confianza de que há mucho tiempo que no se hallan exemplares aún entre los hombres de baxa esfera: siempre tuvo á la amistad por el bien mas precioso de la tierra, y que hace honor aún á los mismos Príncipes y Reyes; los demás bienes los debemos ó á la fortuna, ó al nacimiento, pero este solamente nos le debemos á nosotros mismos.

Este fue el caracter de la Duquesa de Orleans en todo el discurso de su vida privada: caracter bien conocido y respetado, no solo de la nacion, sino de toda la Europa. Fue esposa fiel, madre amorosa, amiga constante, y señora afable y benéfica; nuestros vecinos la conocieron siempre por estas señales, del mismo modo que nosotros; este fue el público elogio que siempre hicieron de ella todas las Cortes; estos rasgos solamente podrán parecer vulgares á aquellos hombres que no ven grandeza alguna en el cumplimiento de las obligaciones, que se persuaden á que las virtudes domésticas solamente son para el pueblo, que los Príncipes no son dignos de nuestros elogios sino quando su fausto, y su vanidad los hace indignos de nuestro amor, que un corazon tierno y compasivo afrenta á la dignidad y al nacimiento, que la humanidad degrada al hombre, y que para ser grande es necesario haber nacido áspero é intratable: ¿qué azote sería para el género humano, si el que dá los Príncipes á la tierra castigára el error de estas ideas dándonos unos Soberanos parecidos á ellas?

¿Qué cosa puede haber de mas honor para la grandeza que la afabilidad? Los Príncipes solamente son poderosos para ser buenos. Deben su poder y su grandeza, si es lícito decirlo así, á nuestras necesidades; y si en la tierra no hubiera flacos é infelices, no nos hubiera el cielo dado Soberanos.

De este modo desempeñó la Duquesa de Orleans todas

las obligaciones de su clase: alabada de su esposo, llamada bienaventurada por sus hijos, y por los que dedicados á servirla la habian amado siempre como á madre. *Surrexerunt filii ejus, & beatissimam predicaverunt; vir ejus & laudavit eam:: & domestici ejus vestiti sunt duplicibus.* Pero todavía nos falta que oir la voz de los pueblos: su historia pública podrá ofrecernos mas brillantes rasgos que su vida privada, pero no nos ofrecerá mayores virtudes; y si la fidelidad de esposa, el amor de madre, y la bondad de Señora han sido su elogio doméstico; la magestad, el agrado, la piedad sólida y siempre constante de esta Princesa, y su amor al Rey y al Estado, presentarán á nuestra vista un espectáculo, que ha sido el honor de nuestro siglo, y que siempre la mereció los públicos elogios. *Et laudent eam in portis opera ejus.*

## SEGUNDA PARTE.

**L**OS Príncipes tienen mas obligaciones con que cumplir que los demás hombres: Quanto mas eleyados se hallan mas obligados están á dar buen exemplo; sirven de espectáculo, tanto á la vista como á los respetos de la multitud; las primeras obligaciones de su clase son el zelo por el bien del Estado, del que son los primeros vasallos, y del que pueden llegar á ser Soberanos: el buen orden de las públicas costumbres de que siempre son los modelos, y la fidelidad á las obligaciones de la religion que sus predecesores colocaron en el trono.

Por estas señales nos parece que vemos revivir á la Princesa que hemos perdido. Los mismos lazos que la unieron al Príncipe su esposo, la unieron tambien á la Francia; parece que se habia desposado con toda la nacion; la sangre Alemana que corría por sus venas, y que debía su origen á la sangre Francesa, nos conservó siempre igual inclinacion y afecto; descendiente de aquellos antiguos conquistadores, que desde las riberas del Rhin vinieron á fundar en las Gaulas una Monarquía, que ha

vis-



visto despues nacer á todas las de Europa, quando se dexó ver entre nosotros, mas parecia restituirse á su patria, que haber salido de ella; nuestro culto era su culto, y nuestro pueblo fue siempre su propio pueblo, nuestro Dios fue su Dios, nuestras costumbres las suyas, nuestra fortuna ó nuestras desgracias, sus desgracias ó su fortuna; y olvidándose de su antigua suerte, no conoció otra mas que la de la Monarquía; unida por la sangre, ó por la amistad y correspondencia á la mayor parte de los Soberanos de la Europa, nunca lo estubo con el corazón sino á la Francia; y en medio de las guerras que armaron contra nosotros las Cortes extrangeras, los lazos con que á ellas estaba unida no sirvieron mas que de dar público testimonio de su amor á la Francia; nuestras historias la darán el honor que se merece, y entre las Princesas extrangeras á quienes el vínculo del matrimonio unió á la sangre de nuestros Reyes, y que vivieron entre nosotros, la opondrán unos exemplos que realzarán mas su mérito.

Luis el Grande conoció su zelo, y se le pagó con una amistad y una confianza, que duraron hasta su muerte: Nadie ignora el amor que este gran Rey tuvo á la Duquesa de Orleans, ni la estimacion que de ella hacia: las Cortes son como un mar tempestuoso, en ellas los intereses deciden siempre de los afectos, y como los intereses continuamente se están mudando, el afecto no conoce duracion; en ellas todo es nubes, los dias nunca se parecen unos á otros, las mismas olas que os elevan os descubren inmediatamente un profundo abismo, y la eterna inconstancia de los sucesos es la única cosa que en ellas puede llamarse fija.

La Duquesa de Orleans no experimentó estas revoluciones. Una noble libertad, tan ignorada en las Cortes, y que tan bien parece en los Grandes, la hizo siempre respetada del Rey: hallaba este en ella la verdad, que tan dificilmente suelen hallar los Reyes; aún mas distante por lo elevado de su carácter que por su nacimiento, de

una

una indigna adulacion, solamente se valia de su rectitud y su candor para agradar: las ficciones y los artificios del disimulo, que son toda la ciencia y todo el mérito de las Cortes, la parecieron siempre propiedades de almas vulgares; el no atreverse uno á manifestarse como en la realidad es, es despreciarse á sí mismo: el arte de disfrazarse y disimular, las mas veces es una tácita confesion de nuestros vicios; y asi siempre vivió persuadida á que solamente eran grandes los que eran verídicos.

Por eso Luis, atraido mas de la sencillez y del candor natural, que del fausto de los respetos, iba muchas veces á descansar de las adulaciones con la Duquesa de Orleans; alli su Corte mudaba de semblante, se desterraba la falsedad, la verdad presidia en ella, y volvía á tomar posesion de sus derechos; la confianza y la noble sencillez rodeaban el trono, y el amor era el mas reverente respeto que en ella se tributaba.

Este Príncipe que habia ensalzado la gloria de la Monarquía mas que ninguno de sus predecesores, y que vió acabar en desgracias una tan larga carrera de prosperidades; vió tambien crecer el amor y el valor de la Duquesa de Orleans al paso que se aumentaban nuestras desgracias; qué lágrimas no derramaba por nuestras pérdidas! No la interesaba tanto la vida de su amado hijo, tantas veces expuesta, como el peligro del Estado; las heridas de la nacion eran tan dolorosas para ella, como las que recibia este belicoso Príncipe en las batallas; y ni aún su misma gloria podia servirla de consuelo en nuestras desgracias.

Os acordaré aqui aquellos dias de luto, tantas veces repetido, en que aniquilada casi toda la familia Real, en que hallándose el trono rodeado de tantos apoyos quedó solo en un instante, en que abatidas tantas cabezas á quienes esperaba la Corona, no teniamos mas esperanza que la ancianidad del gran Rey, que necesariamente habiamos de perder muy presto, y la infancia de un sucesor

que



que temiamos no poder conservar? Luis inalterable entre las ruinas de su casa, estaba viendo en estas lúgubres exequias el aparato de las suyas; habia vivido bastante para su gloria, pero no habia vivido lo suficiente para nosotros; con todo eso, este reynado tan dilatado y glorioso habia de experimentar necesariamente la suerte de todas las cosas humanas; sus dias estaban contados como los nuestros: llegó el término fatal, ya estaban cumplidos los designios del cielo en su grande alma, y la Francia perdió un Rey que siempre será mayor en nuestros corazones que en nuestros annales; pero la Duquesa de Orleans perdió un amigo, y si estos son raros en la tierra, mucho mas raros son en el Trono; su dolor fue igual á su pérdida, y la ocultó unas esperanzas que un corazon menos angustiado hubiera podido adivinar facilmente; la Corte, á la que Luis llenaba con sola su gloria y magestad, no la parecia ya mas que una triste soledad; estaba en ella como en una tierra desierta y abandonada; y aquel Monarca tan glorioso, que muriendo dexaba un vacío tan grande en la tierra, dexó otro no menos grande en su corazon, al que despues nada pudo llenar.

Solamente su zelo por nuestros Reyes la dió aliento para sbrevivir á Luis, y compadeciéndose de la tierna edad del Príncipe, á quien tantas muertes acababan de colocar en el trono, al mismo tiempo que le reconoció por su Rey, le amó como á hijo suyo. ¡Con qué ojos veía crecer en él todos los dias sus felices inclinaciones y nuestras esperanzas! ¡Con qué excesos de amor veía descubrirse en él cada día la Magestad, las disposiciones, y las señales de todas las grandes prendas de su Augusto bisabuelo? ¡Con qué respetuosa circunspeccion se acercaba á aquel trono de un Rey niño! La infancia de los Soberanos, que siempre es causa de que los honores y respetos que se les tributan sean menos circunspectos, aumentaba el cuidado y la atencion de los suyos; y si una nacion tan fiel, tan respetuosa, y tan amante de

de sus Reyes tuviera necesidad de exemplos en este punto, bastaba la Duquesa de Orleans para enseñarnos á amar y respetar á nuestros Soberanos.

Esta era la pública alabanza que daba la Francia á esta Princesa. Pero no fue el mismo zelo que tuvo á nuestros Reyes, y que ahora sirve de asunto á su elogio, el que aceleró nuestro luto? Sus ojos, que ya miraban desde lejos la tierra de los vivientes antes de cerrarse á la luz, quisieron ver al Rey con su esplendor, y con toda la gloria de su consagracion. (1) *Regem in decore suo videbunt oculi ejus, & cernent terram de longè.* (2) Parecia que cobraba nuevas fuerzas; su valor no dió oídos á nuestros temores; fortalecida con los Santos Misterios, y con aquella vianda que dá fuerzas á los viadores, la vimos partir en triunfo para hallarse en aquella augusta ceremonia, como si ella misma fuera á tomar posesion del Imperio, ó por mejor decir, de la inmortalidad; vió con unos ojos ya moribundos, derramar la Uncion Santa sobre el hijo de tantos Reyes; aquella uncion que es el más antiguo y venerable título de la fé de nuestros Monarcas, y de las prerrogativas de la Monarquía; aquella uncion con que fueron consagrados Clodoveo, Carlo Magno, San Luis, y que ha dado tantos Santos y tantos heroes al trono de los Franceses; puso á los pies de los Altares con sus últimas súplicas las de toda la nacion, pidiendo la salud y la gloria de un Príncipe á quien el Dios de sus Padres acababa de señalar con el sagrado carácter de la Dignidad Real; dió á entender, como aquel Santo anciano de Jerusalén, tan respetable por sus años y por su virtud, que ya no tenia amor á la vida, despues que sus ojos habian vis-

(1) *Viage de la Duquesa de Orleans á Reims, para ver la consagracion de Luis XV. ya estaba enferma quando fue, y murió pocos dias despues de su vuelta.*

(2) *Isaí. 33. v. 17.*



visto aquel precioso niño, que habia de ser la gloria y la esperanza de su pueblo, tributar en el Templo al Rey de los Reyes el primer público respeto de su soberanía.

¡Oh día feliz, y cuántas lágrimas nos preparabas! ¡No se enjugarán tan fácilmente, con especialidad en tus ojos, ¡oh antigua Princesa! (1) á quien la presencia de una Madre tan amada traxo desde una Corte estrangera á esta augusta solemnidad! Ibas corriendo á recibir sus amorosos abrazos, y te hallaste con sus últimos suspiros; empleaste con ella los mayores cuidados, dandola mayores muestras que nunca de tu amor; pero esto era tributarla tus últimas obligaciones. De este modo; ¡oh Dios mio! nos llevais á la afliccion por medio de unos días llenos de alegría y serenidad.

Peró ocultemos todavia por un corto tiempo este triste espectáculo: el amor que la Duquesa de Orleans tenia al Rey y al Estado nació de un corazón, en el que las obligaciones eran como natural inclinación. Quanto más la acercaba su clase á la Dignidad Real, más cuidaba de que esta no fuese despreciada, y respetandola ella misma, la hacia mas respetable: ¡qué circunspeccion y magestad manifestaba en las ceremonias públicas! Los Grandes muchas veces miran su nacimiento como una prerrogativa que autoriza en ellos las desatenciones, y miran los respetos con que se tratan entre sí los demás hombres, como impropios entre los de su clase; y persuadidos á que nada deben á los hombres, creen tambien que nada se deben á sí mismos.

¿Vió jamás la Francia otra Princesa que mantuviese con mas decencia y dignidad la elevacion de su nacimiento? Por mas que se hubiesen mudado las costumbres, por mas que el siglo no conociere ya la antigua gravedad de nuestros padres, por mas que la libertad hubiese ocupado

(1) *La Duquesa de Lorena, hija de la de Orleans.*

el lugar de los respetos y de la circunspeccion, por más que las mugeres mirasen la modestia y el pudor como costumbres de otro tiempo, por más que la misma Corte en vez de oponerse á estas nuevas costumbres, fuese las mas veces el modelo de ellas, la Duquesa de Orleans siempre se pareció á sí misma; la vimos conservar ella sola para los reynados venideros la gravedad y tradicion de las primeras costumbres, que poco á poco vá desterrando el amor á la pureza y á la comodidad; hacer pasar á las edades siguientes la grandeza y honor que nos ha quedado de las antiguas Cortes, y salvar la uniformidad en una nacion á la que solamente podrá fixar algun día la molestia de su misma inconstancia.

Era Magestuosa sin vanidad, y así no miraba la aspreza como prenda necesaria á su clase. Aunque rodeada de Magestad era afable y accesible; al mismo tiempo que la ofreciamos nuestros respetos, no podiamos menos de ofrecerla nuestros corazones; no se hallaba al rededor de su persona aquella barrera de vanidad, de silencio, ó de desdén, en que las mas veces consiste toda la Magestad de los Grandes; no se veía que los de su Corte, como temblando, casi no se atreviesen á levantar la vista para mirarla, ni que estuviesen temiendo faltar al respeto, aún con el mismo exceso de sus veneraciones; aún mas desterrada estaba de su Palacio la adulacion que el temor; asegurada de nuestros corazones no deseaba nuestras alabanzas; era verídica, franca, y natural, y así la molestaba el inútil aplauso de las alabanzas; como nunca habia hablado el idioma de las Cortes, siempre le oía con disgusto; jamás se observaron en ella aquellos terribles instantes, en que suele ser cosa tan peligrosa el acercarse á los Príncipes; su afabilidad y agrado quitaba en nosotros el temor que la Magestad infunde; todos los instantes eran los mismos que nosotros pudiéramos escoger; al acabarla de tratar cada uno se hallaba distinguido con alguna señal particular de su bondad, y siempre contabamos los respetos que



la tributabamos por las demonstraciones de benevolencia que habíamos recibido. ¡Qué cosa tan rara es saber ser Grande, y no hacer padecer con la grandeza á los que dependen de nosotros! Augusta Infanta (1) que nos acaba de dar la España, criada entre nosotros para reynar sobre nosotros algun dia, y destinada á acompañar al Joven Luis en el trono de tus mayores, ¿por qué has de haber sido privada en tus tiernos años de tan grande exemplar? ¡Ojalá la hubieras conocido bien para que la imitases! Brillarian en tí sus afables y benéficas virtudes tanto como la Corona que te espera: lo mas que puede desear la Francia es una Princesa que se la parezca.

Pero, católicos, no todo lo que nos hace amables para con los hombres nos hace tambien gratos á los ojos de Dios: Las virtudes humanas pueden grangearnos elogios humanos, los siglos pueden alabar unas acciones que honran á los siglos, y que perecerán con ellos; solamente la virtud sobrevive á los siglos y á los tiempos, y escribe nuestras alabanzas, ó por mejor decir, las alabanzas de la gracia, en los libros eternos; de poco sirve que el mundo haya tenido parte en los intereses de nuestra gloria. ¡Ah! La gloria que dá el mundo no tiene mas duracion ni mas realidad que él; la vida mas famosa sin la fé, no es mas que un sueño y una fantasma, y el que no ha vivido para Dios, no puede decir que ha vivido; verdades santas que el mundo no conoce, una fé viva os habia gravado en el corazon de nuestra piadosa Princesa!

¡Qué exemplos de piedad no dió á la Francia! de una piedad en la que se veían todas las señales de su corazon; fue sencilla y humilde, exácta y regular, noble y heroica.

Las preocupaciones del error en que se crió, se habian convertido en ella en una docilidad mas religiosa á los

(1) *La Infanta de España, que todavia se hallaba en Versailles.*

los Mystérios de la fé: sus talentos se ceñian á sus obligaciones; respetaba la nube con que siempre está cubierto el Santuario; las santas tinieblas de la religion aseguraban su fé, y confirmaban su sumision; conocia que era locura querer conocer el hombre lo que Dios ha querido ocultar. *Es mucho lo que se aventura*, solia decir muchas veces, *y es necedad querer buscar en las dudas la seguridad que solamente promete la religion*; jamás se vieron en ella aquellas ostentaciones tan indecentes, particularmente á su sexo, aquellas vulgares demonstraciones de la incredulidad, que se persuade á que todo lo sabe, quando de todo duda; que se precia del naufragio de la fé, solamente por hallar seguridad en la pérdida del pudor; y que ni aún sabe lo que se debe creer para dudar.

Desengañada de estos errores veía con un vivo dolor las tristes disensiones que en estos dias de inquietud y confusion se han levantado en el seno de la misma Iglesia: dirigia al cielo las mas fervorosas súplicas para que bendixese los cuidados que ponía el Príncipe su hijo en sosegarlas; pero como sabia que es necesario que haya escandalos en la tierra, las turbaciones de la Iglesia affligieron su corazon sin desanimar jamás su fé ni su sumision; jamás la pesó de lo que habia renunciado, porque lo habia abandonado voluntariamente; jamás dudó del partido que habia abrazado, porque le tomó con conocimiento, y después de estar convencida; la Iglesia, aunque batida de olas, y agitada con tempestades, no dexaba de ser á su vista la columna y el fundamento de la verdad, y la Arca Santa en la que únicamente se halla la paz y la salvacion. Vos ¡oh Dios mio! habeis puesto límites á los males de esta Iglesia, eterno objeto de vuestro amor; de esta Esposa querida que adquiristeis á costa de toda la sangre de vuestro hijo; de estos mismos tiempos de turbacion y obscuridad sale siempre el sosiego y la luz; siempre, aún en vuestra indignacion, os acordais de vuestras misericordias: ¿Quándo sucederán los dias pacíficos



y serenos á estos dias desgraciados? ¡Ojalá los anticipen nuestras lágrimas! ¡Ojalá podamos nosotros ser felices testigos de ellos, para que solamente se derive á nuestros sucesores la deplorable historia de nuestras disensiones.

La piedad de la Duquesa de Orleans fue sencilla y sumisa, pero al mismo tiempo exácta y regular: La fé pide obras, y es vana quando se vive mal. ¡Con qué profunda religion llegaba á recibir los Santos Mystérios! Confundida en la presencia de la Magestad de Dios, todas las grandezas de la tierra la parecian un átomo, ó nada: Los libros santos eran su quotidiano consuelo; hallaba en ellos aquella penetración, aquella grandeza, aquella divina energía que no puede ser obra del espíritu del hombre: Las santas verdades puestas en nuestras bocas no la parecian menos dignas de su amor y de sus ansias; y la veíamos con alegría en nuestros Templos entre la multitud de los fieles, venir á acreditar con la Magestad de su presencia la dignidad de nuestro ministerio, y el respeto debido á la palabra de que somos Ministros.

Sus interiores sentimientos no desmentian á estas obras públicas: Bien lo sabeis vosotras, Virgenes Santas, (1) piadosas depositarias de los mas secretos movimientos de su corazón. ¡Qué fervorosas oraciones! ¡Qué ejercicios de piedad! ¡Qué conversaciones de edificacion no se han encerrado dentro de vuestros sagrados muros! La austeridad de vuestro retiro, que tanto suavizais con vuestro fervor, ¿no se aliviaba tambien con su exemplo? ¿Permitia acaso que pidiéseis á Dios que dilatase sus dias? *Pedid solamente por mi salvacion*, os decia muchas veces, *poco importa el vivir, lo que importa es asegurar la eternidad.*

Es (1) *Las Religiosas Carmelitas de la calle de Grenelles, adonde se retiraba muy á menudo la Duquesa de Orleans.*

Esta se la aseguraba todos los dias con el mérito de sus obras: Los pobres socorridos con profusion, los siervos de Dios honrados con su familiaridad y confianza, las ofensas olvidadas y sepultadas al pie de la Cruz, una constancia christiana, y una tranquilidad heroica en el largo tiempo de sus enfermedades, una humildad á la que ensalzaba lo elevado de su clase y de su corazón, un escrupuloso cuidado en el cumplimiento de las obligaciones de la religion, en la que todo la parecia grande, una santa ansia por comer el Pan de los escogidos, una confianza absoluta en el Ministro que la guiaba por los caminos del cielo, un gusto del bien, y un disgusto grande de todo lo que no nos guia á Dios es la historia mas natural y mas sencilla de su vida; y todo lo que á esto pudiera añadir el arte sería hacer agravio á su elogio.

No nos engañemos, católicos; de este modo vivió esta piadosa Princesa, y estos mismos caminos son los únicos que pueden guiarnos á la paz, al sosiego, y al valor que acompañaron á su muerte: A esta solamente la ven llegar con confianza los que la han esperado con temor. Dios, que se preparaba su víctima para el Altar eterno, habia mucho tiempo que la estaba purificando con enfermedades y trabajos: Nosotros ya veíamos á lo lejos que se acercaba nuestro luto. Los remedios alargaban sus dias, pero no calmaban nuestros temores. Su valor parecia que daba nueva fuerza á los remedios, pero no daba nueva seguridad á nuestras esperanzas. El cielo compadecido de las súplicas y lágrimas de una casa afligida, parecia suspender algunas veces el curso de sus males, pero no suspendia el orden de los decretos eternos, y el curso destinado á los dias de su vida mortal. Por mas que nuestros deseos nos la asegurasen, cada dia se manifestaba mas de cerca á su vista la eternidad: Quanto mas parecia que la dilataba el Señor, mas próxima la veía ella, y aún la apresuraba con sus deseos: Solamente en



este punto no hacia caso de nuestras súplicas; temía el haber ya vivido demasiado, y deseaba no vivir mas: *No creo que he de ser mejor aunque viva mis tiempo*, decia muchas veces: Nosotros nos lisongeamos con las esperanzas de nuestra conversion, y ella nos enseñaba que el tiempo que se destina para el arrepentimiento, no hace mas que acumular nuevos delitos; y que la vana esperanza de convertirse, mas es escollo que remedio para la salvacion.

Finalmente, sordo el cielo á nuestros gemidos, se rinde á sus deseos: Al volver del viage, en que habia tenido mas parte su amor que la pompa de la solemnidad, se aumenta su desfallecimiento, crecen nuestros temores, y se desvanecen nuestras esperanzas: La muerte, que habia ya mucho tiempo estaba encerrada en su seno, se manifiesta y se declara: ¡Pero con qué tranquilidad la vé llegar! ¿Os parece que para anunciarla el día del Señor hay necesidad de recurrir á aquellas precauciones estudiadas, que mas sirven de ocultarle que de avisar su llegada? No por cierto, ella misma le publica, y le anuncia á los afligidos asistentes que se le quisieran ocultar á sí mismos: ¿Os parece que para consolarla en los temores de la muerte, hay necesidad de manifestarla unas falsas esperanzas de vida? En medio de la turbacion, del susto, de los llantos y suspiros que rodean la cama de su muerte, dice con una serenidad, á la que no pueden alterar sus males y trabajos: *Todos nos juntaremos en el cielo*: Ella consuela nuestro dolor, y se sonríe al oír nuestros clamores: Mira este dia como el de su triunfo, y no quiere que sea afrentado con lágrimas: Las lágrimas del Príncipe su hijo, de aquel hijo, objeto el mas tierno de su amor, de aquel hijo que veía á sus pies afligido y penetrado de un vivo dolor, y para el que habia estado tanto tiempo implorando al pie de los Altares las misericordias eternas, las lágrimas de este hijo mueven su corazon, pero no enti-

bian

bian su fé; todavia se le ofrece al Dios que vá á visitarla, con unas súplicas ya moribundas; llenandole de sus bendiciones, no le desea, como deseaba en otro tiempo á su hijo un Patriarca que estaba para morir: *Que le obedezcan los pueblos, que le adoren las Tribus como á su Cabeza, que sea dueño de sus hermanos, que los hijos de su madre se postren en su presencia*: Ya le habia visto gozar de casi todas estas vanas prosperidades. Sus deseos son mas sublimes y mas dignos de la fé; solo le desea el don de Dios, y no siente separarse de él en tiempo, con tal que no le pierda en la eternidad. *Sirve á Dios, y al Rey, le dice, y no te olvides de mí.*

No, jamás te borrarás de su memoria, Princesa tan digna de sus suspiros y de su amor; lo grande de su pérdida nos asegura la duracion de su dolor: Nosotros mezclaremos siempre nuestras lágrimas con las suyas; y si los ruegos de los justos que mueren siempre son oídos, ¡oh Dios mio! oíd los de la Princesa que espira; haced que los últimos deseos de su fé y de su amor á su hijo suban con ella al pie de vuestro trono; volved á ella los ojos de vuestra misericordia; sea tan grata á vuestra vista, como ha sido grande á la de los hombres; escribase su nombre en el libro de la inmortalidad con caractéres tan gloriosos, como será escrito en nuestras historias.

Nosotros, católicos, no esperemos á la última hora: Los que siempre están esperando, jamás se convierten; contemos con nosotros mismos, antes que Dios cuente con nosotros; vivamos como entonces quisieramos haber vivido; aseguremonos lo que esperamos; no miremos la salvacion como un vano proyecto; hagamos de todas nuestras ideas camino para la salvacion; y por mas famosa que haya sido nuestra vida, acordemonos de que en ella nada hemos de hallar verdadero, sino lo que hubieramos hecho por la eternidad. Amen.



## PRIMER SERMON

PARA UNA PROFESION  
RELIGIOSA.

*Misit de summo, & accepit me, & assumpsit me de aquis multis... & eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

El Señor alargó su mano desde lo alto del cielo, me escogió y me sacó de entre la multitud de las aguas, me llevó á un lugar espacioso y seguro, porque me amó.  
*Psalm. 17. v. 17. & 20.*

**U**N Rey segun el corazon de Dios, libre de todos sus enemigos, fuera ya de los peligros que tantas veces habian amenazado á su vida, hallandose pacífico poseedor de un trono en que le habia colocado la mano del Señor, y gozando en Jerusalém el fruto de sus pasadas victorias, el amor de sus pueblos, la estimacion de sus vasallos, y todas las comodidades de un reynado feliz y floreciente, reconociendo con estas expresiones la fuente de tantos beneficios, y experimentando que crecía su agradecimiento con su prosperidad, meditaba continuamente en su espíritu las maravillas del Señor, y no se cansaba de publicar las misericordias que con él habia usado desde el vientre de su madre.

Me alargó la mano desde lo alto del cielo, se decia

todos los dias á sí mismo; me escogió entre todos mis hermanos; me prefirió á todos los de mi tribu; abandonó la posteridad de Saúl; despreció á los Grandes y poderosos, y vino á buscarme en mi mas tierna edad, quando yo no podia presentar á su vista mas que la sencillez de mi corazon, y la vida obscura de mis primeros años.

*Misit de summo, & accepit me.*

¿Cómo podré yo publicar suficientemente la magnificencia de sus gracias? continuaba aquel Rey fiel: No se contentó con mirarme con ojos de una eleccion eterna: Su mano omnipotente me libró de todos los peligros que me rodeaban, de la insolencia de Goliath, de las persecuciones de Saúl, de las emboscadas de los Filistéos, de la perfidia de Absalón, y de los mismos lazos de mi prosperidad y grandeza. *Et assumpsit me de aquis multis.*

Finalmente, para coronar sus misericordias me llevó á la Santa Jerusalém, y por puro efecto de su voluntad benéfica, ha establecido para siempre mi morada en este lugar de paz, de seguridad y abundancia. *Et eduxit me in latitudinem, quoniam voluit me.*

Esta es, hermana muy amada, la historia de las misericordias del Señor para con vuestra alma, y los tres respetos con que debeis mirar toda vuestra vida el especial favor que hoy os consagra á Jesu-Christo. En adelante siempre debeis estar avivando vuestro agradecimiento al pie de los altares, acordandoos de las misericordias que Dios ha usado con vuestra alma, y diciendoos á vos misma con David:

El Señor me alargó su mano desde lo alto del cielo, se dignó de escogerme á mí sola en la casa de mi padre, y me ha preferido á tantas almas como dexa perecer en el mundo, sin mirarlas con aquellos poderosos ojos de misericordia con que á mí me sacó de él. *Misit de summo, & accepit me.*

No se contentó su amor con escogerme en sus consejos eternos. ¿Cuántas almas, á las que tambien llama,